

una lección que se nos acabara de enseñar. Fue él una especie de visionario que intuyó lo que Colombia necesitaría para ser una nación digna de este nombre. Aquella preocupación suya por la suerte del país que “amaba tiernamente” según sus propias palabras es sin duda alguna su más alta lección para nosotros.

Si establecemos el contraste entre el ambiente y los medios que rodeaban a nuestro primer economista y la cornucopia de dones que la civilización y la cultura nos han ofrendado a nosotros podemos deducir que nuestras obligaciones para con el país son mucho mayores y más imperativas. Sobre todo las vuestras, jóvenes estudiantes de estos claustros. La república está urgida desde hace tiempos de una generación que tenga las calidades de heroísmo interior, de abnegada voluntad, de fe en la patria, iguales a aquellas que abroquelaron las almas intrépidas de los fundadores de la nacionalidad. Una pléyade de ciudadanos capaces del ingrato sacrificio, de la anónima gesta, que quieran servir a la tierra de sus padres pensando más que en su propio provecho en la aventura de su suelo y de su gente. Volvamos los ojos al pasado y recordemos la teoría de claros varones que de aquí salieron para honrar con sus obras la historia común de nuestro pueblo. Su sola evocación es un mandato, su presencia un estímulo, su ascenso por el camino de la virtud creadora una invitación imperativa. Ser dignos de lo que ellos realizaron será una noble empresa para la juventud rosarista.

Pedro Fermín de Vargas nos dio una lección que hoy, después de tantos años, no hemos logrado aplicar en toda su integridad. Al consagrar este mármol que enaltece su memoria recordemos en su honor que Colombia será una gran nación el día en que los problemas que él señaló con inteligencia adivinatoria, hayan sido resueltos. Solo entonces podremos decir que en verdad creemos en la doctrina de la “dignidad humana” y en la democracia y en la libertad.

REVALUANDO LA HISTORIA

ALIRIO GOMEZ PICON

En el benemérito Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario —ligado por una tradición tan gloriosa a nuestra historia nacional— tuvo lugar el último acto en honor de Pedro Fermín de Vargas, uno de los precursores de la Independencia y a quien con sobrados merecimientos se le puede señalar como el patrocinador más autorizado de nuestros estudios económicos.

La palabra severa del ilustre rector del Colegio, Monseñor José Vicente Castro Silva, engastada en períodos clásicos que le han dado sitio tan alto en la oratoria sagrada colombiana, resonó en el claustro, cercano al aula de Rafael Pombo, para evocar la silueta del andariego revolucionario y descubrir la placa que lleva esta leyenda tan expresiva como justa: “Pedro Fermín Vargas, 1762 — 1962. Ferviente servidor de la Independencia colombiana, observador sagaz de la economía contemporánea y precursor de la futura a la cual abrió camino con su doctrina y experiencia”.

Antonio Alvarez Restrepo pronunció una elocuente oración para exaltar la obra del gran santandereano que con sentido clarividente se ocupó de tantos aspectos de la vida colombiana que mantienen su actualidad palpitante. Una breve y acertada incursión por los campos de las ciencias sociales y económicas para advertir cómo la obra de Pedro Fermín de Vargas se adelantó al planteamiento de problemas e interrogantes que van a servir de meditación a los economistas, y cómo antes de que Adam Smith, Ricardo y Malthus lanzaran sus teorías, aquel investigador sentaba las bases de una economía típicamente americana.

En torno a Pedro Fermín de Vargas hay mucho que escribir. En estas conmemoraciones patrocinadas tan generosamente por la Academia de Historia, ha habido oportunidad de hacer re-

valuaciones históricas para rescatar del olvido figuras proceras como la de este economista que en los albores de la Independencia escribía páginas inolvidables para dejar su pensamiento sobre cuestiones fundamentales de la tierra, de la producción, de los caminos, del aprovechamiento de las materias primas, del cacao, del algodón, del hierro y de cómo un día tendríamos que preocuparnos de producir para exportar y tener dinero y bienestar social.

En realidad releer los escritos de Pedro Fermín de Vargas es una labor grata. La frescura de su prosa, la claridad de sus exposiciones, la precisión y finura con que analiza los hechos encadenan la atención del lector que se sorprende que para esos tiempos hubiera una inteligencia tan perspicaz y tan segura de sus juicios.

No es que no se conocieran muchos libros. Hubo ciertamente facilidades bajo el régimen absolutista, y aun la misma Inquisición había dejado de ejercer aquella fiscalización rigurosa que la hizo temible y odiosa. La botánica, la mineralogía, la física y la química alternaban con las divagaciones teológicas.

Para los días de Pedro Fermín de Vargas el adelanto en las investigaciones era la consecuencia de la obra del sabio Mutis. Fue este gaditano insigne el animador de la empresa cultural ligada a la Expedición Botánica. A la sombra de aquel hombre generoso se estaba nutriendo una generación que habría de descollar años después. Francisco Antonio Zea, Francisco José de Caldas, Joaquín Camacho, Eloy Valenzuela, Pedro Fermín de Vargas, para citar apenas unos pocos, serían sus discípulos aprovechados, los sembradores de ideas, los agitadores de una sociedad, los creadores de un ambiente cultural que preparó el movimiento emancipador.

Pedro Fermín de Vargas había viajado por el país. Se podía decir que era de los pocos que lo conocían palmo a palmo. Le dolía que el régimen monárquico no supiera cuántas riquezas se escondían en sus colonias. E iba consignando sus observaciones sobre las distintas zonas de una naturaleza virgen que él exploraba en un desbordamiento panteísta que le permitiría sugerir fórmulas para orientar una economía y explotar las inmensas riquezas.

Hace poco se ocupaban algunos escritores de lo que nos costaban los días de fiesta y hacían cálculos en millones para ponderar los perjuicios que estaba recibiendo la economía nacional.

Pues bien, Pedro Fermín de Vargas fue el primero en anotar el fenómeno en aquellos tiempos coloniales con una visión que asombra.

Sin que desmerezcan los estudios del Padre Lebret y del profesor Luchlin Currie, tenemos que decir, con mucho orgullo, que guardadas las proporciones debidas, Pedro Fermín de Vargas hizo, hace ciento setenta años, planteamientos tan audaces que con perdón de los economistas jóvenes y viejos, y de los sabios que nos importen, conservan el prístino vigor y lozanía de los días en que los escribiera aquel esclarecido investigador, que es el precursor de los estudios económicos colombianos.

Revaluar la historia y colocar a los próceres en su sitio. Es lo que hemos procurado en torno a la figura legendaria de Pedro Fermín de Vargas, el gran santandereano honrado por el Colegio del Rosario.

Alirio Gómez Picón.